

## LA CONCEPCIÓN DE LA METAFÍSICA EN GABRIEL MARCEL

Marcel es un pensador peculiarmente huidizo, y resulta muy difícil dar un sumario de sus ideas<sup>1</sup>. Esta dificultad surge en parte de la dispersión de su pensamiento en diarios, dramas, artículos, conferencias y libros; del hecho de que nunca haya emprendido una exposición sistemática de sus ideas y, fundamentalmente, del propio carácter de sus reflexiones.

Dada la naturaleza, esencialmente creadora, de G. Marcel, sus escritos filosóficos —acordes con la metodología asistemática, conscientemente elegida— no son libros orgánicamente elaborados, sino connotaciones germinales, apuntes sugestivos, intuiciones iluminadoras, pero sin un desarrollo sistematizado. Por otra parte, si entendemos por sistema filosófico una filosofía que se desarrolla mediante un proceso deductivo desde un punto de partida que se considera cierto, no hay un sistema de Gabriel Marcel, ni quiere él que lo haya en tal sentido, pues lo que hace es desarrollar una serie de «enfoques concretos»<sup>2</sup>.

Marcel se acerca a un problema mediante *approches concrètes*, por vías de aproximación, remontándose de la vida al pensamiento, para luego descender del pensamiento a la vida, tratando de iluminarla. De ese modo queda cumplido su propósito de no dirigirse a una inteligencia abstracta y anónima, sino a seres individuales, en los que trata de despertar cierta vía de reflexión por una verdadera *anamnesis*, en el sentido socrático de la palabra.

Las afirmaciones metafísicas, según Marcel, sólo adquieren la plenitud de significado cuando se transcriben en experiencia vivida. De ahí que trabaje sobre experiencias que han tenido en su propia vida una importancia especial y a las que atribuye significación e implicaciones metafísicas. Así, sus reflexiones forman parte importante e integrante de su propio itinerario espiritual.

Por tanto, si Marcel rechaza el sistema es porque quiere valorar en su realidad ontológica ciertas experiencias privilegiadas, cardinales, negadas o despreciadas por

---

<sup>1</sup> Marcel suele ser clasificado como existencialista católico. Hubo un tiempo en el que Marcel toleraba, por lo menos, que se le llamase «existencialista», aunque no se añadiera el calificativo de «cristiano», y ello porque, a su parecer, personas que no se consideraban cristianas podían adherirse al existencialismo según él lo entendía. Sin embargo, posteriormente, hacia 1950, Marcel repudió definitivamente el título de «existencialista». Los motivos de ello son probablemente dos: evitar confusiones de su filosofía con la de Sartre, y la publicación, en agosto de 1950, de la encíclica *Humani Generis*, donde se declara la incompatibilidad del existencialismo con el catolicismo, aun cuando, en rigor, se trata del existencialismo llamado ateo. Así pues, Marcel ha seguido su propio camino, y no se le puede tratar como miembro de una determinada escuela, aunque él mismo propone para su pensamiento el calificativo de «neosocratismo» o «socratismo cristiano».

<sup>2</sup> Estos «enfoques concretos», son convergentes, en el sentido de que no son incompatibles entre sí y de que se puede considerar que contribuyen a una interpretación general de la experiencia humana. Pero supondría una gran equivocación pensar que Marcel espera que estos «enfoques concretos» vayan a proporcionar una serie de resultados o conclusiones o soluciones a problemas que, al exponerse en conjunto, constituyan un bloque de bien probadas tesis. Cf. F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía*, vol. IX, Ed. Ariel, Barcelona, 1984, p. 316.

el racionalismo, que había olvidado el interrogante fundamental del ser humano: «¿quién soy yo que me interrogo por el ser?». De ahí su método socrático, interrogativo, existencial; su filosofía de búsqueda o reflexión fenomenológica de la experiencia vivida.

Pero sus meditaciones o reflexiones no adoptan la forma de resultados expositivos, sino más bien la de una serie de exposiciones referentes a varios temas. Por consiguiente, al leerlas, más que aprender las conclusiones alcanzadas, lo que hacemos es reproducir el proceso que su pensamiento ha seguido. Ello no significa que Marcel no alcance conclusiones, sino que a menudo éstas no resultan plenamente inteligibles si se las abstrae del personalísimo proceso de reflexión que a ellas ha conducido. Ésta es la razón por la que, como veremos, ningún sumario sistematizado de su pensamiento puede transmitir realmente el espíritu de su filosofía.

Nuestro autor considera la filosofía como una «reflexión lo más estricta, lo más rigurosa posible, basada sobre la experiencia más íntimamente vivida»<sup>3</sup>. En definitiva, Marcel trata de restituir a la experiencia humana su peso ontológico. Concibe la exploración filosófica como algo intensamente personal en la que el «resultado» es inseparable del proceso de busca o investigación que condujo hasta él; es decir, no podemos separar simplemente el resultado de la exploración y ponerlo aparte como si fuese una verdad impersonal. Por tanto, es característico de su filosofía el no admitir que los resultados puedan ser separados del proceso por medio del cual se alcanzan, ya que su pretensión es la de combinar la inmediatez de la experiencia con la reflexión filosófica<sup>4</sup>.

Por este motivo, si bien este artículo tiene por objeto analizar, en la medida de lo posible, la particular concepción de la metafísica sostenida por Marcel, para ello, y siguiendo el principio metodológico marceliano de que la conclusión filosófica no tiene una vida independiente de la investigación filosófica (y por consiguiente no se «conoce» una conclusión si no se recorre con el pensamiento los caminos que recorrió su descubridor), analizaremos primeramente el contenido de dos de sus obras metafísicas más importantes: *Journal Métaphysique* y *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*.

Si la primera parte del *Journal* significa el mayor esfuerzo del autor por trascender del idealismo hacia lo concreto, mediante una crítica del «saber objetivo», *Position et approches* constituye el texto más denso de la amplia obra marceliana, su verdadera «introducción a la metafísica», completado posteriormente con notas y «aproximaciones» en *Être et Avoir* y en *Le Mystère Ontologique*. De esta manera, después de acompañar a Marcel en su itinerario reflexivo, estaremos en mejores condiciones para entender aquellos rasgos o características que otorgan a su metafísica su peculiar originalidad.

<sup>3</sup> Cf. R. JOLIVET, *Las doctrinas existencialistas (desde Kierkegaard a J. P. Sartre)*, Ed. Gredos, Madrid, 1970.

<sup>4</sup> Marcel intenta, por ejemplo, penetrar la significación metafísica del amor o la esperanza desde dentro de la experiencia misma.

## 1. JOURNAL MÉTAPHYSIQUE

Marcel es un pensador personal en el sentido de que sus reflexiones tratan de una experiencia individual, personal que para él posee una significación e importancia profunda: su filosofía es expresión y parte integrante de su itinerario espiritual<sup>5</sup>. Su modo de pensar se podría definir como un *ir cobrando conciencia* de las verdades que de alguna manera se le van *revelando*. De aquí que la expresión propia de dicho pensamiento sea con frecuencia el *Diario*<sup>6</sup>. Por este motivo y con la intención de ser fiel, en la medida de lo posible, al espíritu marceliano, he creído conveniente exponer un breve análisis de dos de sus obras metafísicas nucleares (*Journal Métaphysique* y *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*) antes de pasar al estudio *sistemizado* de su concepción metafísica. En estas obras asistimos al desarrollo de una serie de «enfoques concretos» que no son incompatibles entre sí y que se puede considerar que contribuyen a una interpretación general de la experiencia humana, pero que no son tesis que proporcionen una serie de resultados, conclusiones o soluciones a problemas.

En el *Journal Métaphysique* asistimos a la evolución filosófica y espiritual de Marcel. Esta obra fue realizada en tres etapas: 1914, 1915-1923 y 1928-1933, si bien nosotros nos centraremos en las dos primeras. El propio Marcel, en la introducción a la publicación de su *Diario Metafísico* (1914-1923) afirma que éste no estaba primitivamente destinado a ser publicado, sino que constituía solamente una especie de preparación a una obra dogmática donde pretendía exponer las tesis esenciales de su reflexión personal. Sin embargo, conforme sus investigaciones avanzaban, desistió en su propósito ya que no le parecía adecuado, ni posible, exponer sus pensamientos de un modo dogmático y sistemático.

Así pues, nosotros tampoco trataremos de buscar el hilo conductor de sus reflexiones ni intentaremos enumerar o catalogar las mismas, ya que ello constituye una labor casi imposible debido a la forma y contenido de esta obra. Sin embargo, lo que sí haremos es distinguir dos partes, lo suficientemente diferentes para no identificarse y bastante idénticas como para no diferenciarse totalmente, en la redacción de este *Diario Metafísico*<sup>7</sup>. La primera parte fue redactada en 1914, durante los meses anteriores a la guerra<sup>8</sup>. En ella Marcel se manifiesta contra toda doctrina que pretenda dar cuenta de la realidad mediante procedimientos dialécticos, aun-

<sup>5</sup> La filosofía, en tanto que manifestación de la vida humana, aparece como una exploración y un itinerario continuos, de acuerdo con la condición *itinerante* de ese *homo viator* que Marcel ha intentado describir.

<sup>6</sup> En este sentido F. Sierra afirma: «El pensamiento filosófico de Marcel presenta a primera vista el aspecto de un bloque animado, concebido en forma de exploración interrogativa y escrito gran parte en forma de Diario, corre el riesgo de diluirse en múltiples sugerencias y meditaciones sin contorno fijo» (*La condición humana en G. Marcel*, Tesis de Doctorado (julio 1979), Univ. de Barcelona, Facultad de Filosofía, p. 65).

<sup>7</sup> Cf. M. L. FACCO, *La diarística filosófica: la sua genesi e i suoi sviluppi tematici nel pensiero di Marcel*, in *Metafisica e diarística in G. Marcel*, Università di Genova, 1982, pp. 15-28.

<sup>8</sup> Las experiencias que reunirá sirviendo en la Cruz Roja durante la I Guerra Mundial le confirmarán en su convencimiento de que la filosofía abstracta era algo que quedaba muy aparte de la existencia humana concreta.

que ella misma está marcada con la impronta de las doctrinas que se propone combatir. Por tanto, si bien la primera parte de su *Diario Metafísico* era expresión de sus críticas de los modos de pensar idealistas, estaba influido aún por los puntos de vista del idealismo<sup>9</sup>. Por otro lado, la reflexión sobre la fe religiosa es también un rasgo prominente de esta primera parte.

Según manifiesta el propio Marcel en la introducción a la publicación de su *Diario*, las ideas directrices de la primera parte se podrían resumir en la idea de que no hay una última palabra de las cosas, o, por lo menos, de que esa última palabra no puede tomar forma de verdad sin la menor duda, y la de que el valor fundamental de la vida religiosa consiste precisamente en que de algún modo trasciende toda enunciación de trayectoria objetiva relativa al universo<sup>10</sup>.

Por consiguiente, durante esta época y en esta parte del *Journal*, que F. Sierra califica como «neoespiritualismo desencarnado o hipercriticismo espiritualista»<sup>11</sup>, Marcel combate el intelectualismo idealista y criticista por considerarlos insuficientes al explicar grandes y profundas experiencias humanas como la experiencia de creer y la experiencia de amar, las únicas que «dan fe» del sujeto individual y la trascendencia divina, más allá del monismo o pluralismo absolutos como negadores de la libertad y del espíritu personal y más allá, también, del cientismo verificacionista. Y, por otra parte, la exigencia de trascendencia de Marcel sólo podía hacerse inteligible en el acto participativo de la fe como superación o trascendencia del saber empírico y del saber meramente racional «dialéctico».

Refiriéndose a la segunda parte del *Journal*, el propio Marcel confiesa: «La segunda parte es muy diferente; renunciando a la esperanza de hallar los elementos de una mística pura, en el ahondamiento de las condiciones universales del pensamiento, me incliné cada vez más a concretar mi reflexión en las anomalías que todo racionalismo escamotea o de las cuales se desvía más o menos visiblemente para tejer su tela conceptual: la sensación, la unión de alma y cuerpo, los hechos de la psicología supranormal [...] Comprobé poco a poco que los resultados de esta meditación iban a confluír con las conclusiones de mi dialéctica inicial»<sup>12</sup>.

Nos hallamos, pues, ante la por él denominada como *filosofía concreta, existencial, encarnada de alcance ontológico*. Al final del *Diario* incluye un apéndice consistente en un artículo, «Existence et Objectivité» (publicado en 1925 en la *Revue de Métaphysique et de Morale*), en el que pone de manifiesto la concatenación de ciertos temas fundamentales del *Diario*, mostrando este paso marceliano al realismo

<sup>9</sup> En sus primeros tiempos Marcel estudió especialmente las corrientes idealistas tanto del idealismo alemán (especialmente Schelling) como inglés (en particular Royce). En rigor, Marcel partió en sus meditaciones filosóficas en gran parte de Royce y Bradley, y también de Bergson, pero le costó, según confesó, grandes esfuerzos salir «del mundo en que se hallaba prisionero». Cf. F. BLÁZQUEZ, *La filosofía de G. Marcel (De la dialéctica a la invocación)*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1988, pp. 83ss.

<sup>10</sup> Respecto al saber religioso afirma: «La fe es el acto por el que el espíritu colma el vacío entre el yo pensante y el yo empírico afirmando su vínculo trascendente; o más bien, la fe es el acto por el que se realiza el espíritu realidad viviente y activa» (G. MARCEL, *Diario Metafísico (1914-1923)*, trad. de J. Rovira Armentgol, Ed. Losada, Buenos Aires, 1956, p. 45).

<sup>11</sup> F. SIERRA, *La condición humana en G. Marcel*, p. 94.

<sup>12</sup> G. MARCEL, *Diario Metafísico (1914-1923)*, p. 8.

existencial coronado por el segundo *Journal*, *Être et Avoir y Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*. En este apéndice Marcel proclama «la indisoluble unidad de la existencia y del existente»; esto hace que la existencia no pueda ser tratada como un «demonstrandum» y que la idea de la existencia misma formen una unidad completa. De aquí parte el intento de edificar una filosofía existencial con una fuerte tendencia hacia lo concreto. Por ello no es extraño que ya en esta segunda parte del *Journal* afirme que el misterio del yo es el centro de la filosofía: «El dato fundamental de toda reflexión metafísica es que yo soy un ser no transparente a sí mismo, es decir, un ser a quien su mismo ser se le muestra como misterio»<sup>13</sup>. Algunos autores, como Sam Keen, atribuyen a esta segunda parte del *Diario Metafísico* el inicio del primer estadio en el pensamiento marceliano sobre el ser<sup>14</sup>. Y consideran que es a partir de su conversión al catolicismo en 1929, cuando se da paso a la segunda etapa de su pensamiento acerca del ser.

Refiriéndose a las dos partes de su *Journal Métaphysique* el propio Marcel afirma que si bien «la segunda produce a mis oídos un sonido infinitamente más familiar, más inteligible, que la primera; ésta, empero, encierra las infraestructuras lógicas de aquella; y no creo que puedan disociarse totalmente»<sup>15</sup>. Ello no es de extrañar si tenemos en cuenta que en ambos períodos existe el mismo propósito fundamental y explícito: la exigencia ontológica como dimensión vivida y la reflexión metafísica que intenta acceder al ser para esclarecer la experiencia de lo uno y de lo múltiple, de lo lleno y de lo vacío tanto a nivel personal como a nivel comunitario. La exigencia metafísica es, por consiguiente, el primer elemento de continuidad entre ambos momentos filosóficos.

En síntesis, podemos decir que en su *Diario* Marcel intenta destituir a la verdad de ese valor de más allá que cierto racionalismo le confiere automáticamente, y devolver a la existencia aquella prioridad metafísica que el idealismo pretendió sustraerle.

## 2. POSITION ET APPROCHES CONCRÈTES DU MYSTÈRE ONTOLOGIQUE

La evolución filosófica y espiritual que se persigue a través del *Journal Métaphysique* tiene su plasmación en las tesis fundamentales de *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*<sup>16</sup>. Como su propio título indica, esta obra tiene por objeto el tema que a su vez es el núcleo de su pensamiento: «el misterio ontológico». Al igual que en el *Journal Métaphysique*, no encontramos en esta obra un desarrollo sistemático de las tesis que en ella se apuntan; pero, gracias a su forma de exposición no diarística, se puede observar con mayor facilidad una continuidad de pensamiento. Así pues, en este apartado se tratará de explicar el sentido y la

<sup>13</sup> G. MARCEL, *Diario Metafísico (1914-1923)*, p. 281.

<sup>14</sup> S. KEEN, *The Development of the Idea of Being in Marcel's Thought*, en *The philosophy of G. Marcel*, ed. by P. A. Schilpp and L. E. Hahn, Southern Illinois University, Carbondale, 1983, pp. 99s.

<sup>15</sup> G. MARCEL, *Diario Metafísico (1914-1923)*, p. 8.

<sup>16</sup> Esta obra fue en su origen una ponencia presentada por G. Marcel, el 21 de enero de 1933, a la Sociedad de Estudios Filosóficos de Marsella.

relación de las diferentes reflexiones que aparecen en esta obra que, a pesar de su brevedad, encierra una gran densidad y riqueza de contenido.

Gabriel Marcel inicia *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique* interrogándose sobre qué es un hombre sin sentido ontológico: ¿Qué es un hombre sin sentido del ser? Esta pregunta, ¿por qué motivo surge de nuestro interior? La causa es la desorbitación de la idea de función que caracteriza nuestro tiempo. El hombre aparece como un manojo, como un simple agregado de funciones. Tras ellas, nada. En estas condiciones, ¿qué puede ser la vida o la realidad interna de una persona? No puede ser nada, no la hay. La muerte, desde un punto de vista objetivo y funcional, aparece como una puesta fuera de uso, como una caída en lo inutilizable, como un desecho puro. Las consecuencias que se derivan son: tristeza sofocante, sordo malestar, vacío, desesperación, problemas constantes... El misterio no tiene cabida en un mundo así, en el que un orden social y una filosofía cada vez más inhumanas tienden a confundir al hombre con sus funciones. Si resiste es en virtud de ciertas potencias secretas, escondidas, que todavía no han sido pensadas, ni reconocidas. En un mundo funcionalizado la personalidad se fracciona y las potencias de admiración se atrofian. La exigencia ontológica se extenua.

Surge a continuación una pregunta de capital importancia: ¿Podemos abordar directamente o intentar cercar esta exigencia ontológica? Sin embargo, primero hemos de ver cómo se nos formula esta exigencia. «Es necesario que haya —o sería necesario que hubiera— ser; que no todo se reduzca a un juego de apariencias sucesivas e inconsistentes,... a una historia contada por un idiota»<sup>17</sup>. A este ser, a esta realidad, aspiro ávidamente a participar de alguna manera. Quizás este anhelo sea ya en algún grado una participación.

Pero, ¿qué es el ser? «Propondré solamente esta vía de aproximación: el ser es aquello que se resiste —o sería aquello que se resistiría— a un análisis exhaustivo sobre los datos de la experiencia y que tratara de reducirlos progresivamente a elementos cada vez más desprovistos de valor intrínseco o significativo»<sup>18</sup>. Podemos, sin embargo, rechazar el plantearnos la problemática que conlleva esta exigencia ontológica adoptando una actitud agnóstica (negativa), afirmando que la cuestión no surgirá; o bien, tomando una actitud relativista (positiva), afirmando que la exigencia ontológica es expresión de un dogmatismo prescrito, orientándonos así hacia un monismo de lo válido que ignora lo personal, lo trágico y niega lo trascendente. Reducir al silencio la exigencia ontológica es mutilar en su raíz misma la vida espiritual<sup>19</sup>.

La pregunta por el ser: «El ser ¿es?», «¿qué es el ser?», implica una nueva problemática: Yo, que interrogo acerca del ser, ¿puedo estar seguro de que soy? El preguntado invade al preguntante. El idealismo es una ficción, ya que trata de mantener al margen del ser una conciencia que lo afirma o lo niega.

¿Qué soy yo, que cuestiono acerca del ser? ¿Qué cualidades tengo yo para pro-

<sup>17</sup> G. MARCEL, *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*, trad. cast. J. L. Cañas Fernández: *Aproximación al misterio del ser*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987, p. 30.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> Cf. R. JOLIVET, *Las doctrinas existencialistas (desde Kierkegaard a J.-P. Sartre)*, pp. 337s.

ceder a estas investigaciones? Si no soy, ¿cómo abordaré la investigación? Admitiendo que sea, ¿cómo puedo estar seguro de ello? El *cogito* cartesiano no nos sirve para responder. El indubitable del *cogito* no concierne más que al sujeto epistemológico como órgano de un conocimiento objetivo, guarda el umbral de lo válido, lleva la indeterminación al yo individual y concreto.

¿No será esta cuestión de la exigencia ontológica una falaz trasposición de una exigencia vital que no debe preocupar al metafísico? Marcel manifiesta que se da un error en la disociación de lo intelectual y lo vital presente en el cartesianismo. «Plantear el problema ontológico es interrogarse por la totalidad del ser y por mí mismo en cuanto totalidad»<sup>20</sup>. «... estamos en presencia de un deseo de afirmación que, en último análisis, parece no poder establecerse, pues yo no puedo juzgarme calificado para enunciarla más que a partir de esa misma afirmación»<sup>21</sup>. No estamos ante un problema que hay que resolver, ya que ante él trabajo sobre datos y mi yo parece que no cuenta nada más que como simple presupuesto. Me oriento, pues, hacia la posición o el reconocimiento de una participación que posee una realidad de sujeto; participación que no puede ser objeto de pensamiento, que no sabría hacer función de solución, que está más allá del mundo de los metaproblemas; pues es «metaproblemática». Es reconocer que el conocimiento está envuelto por el ser: el conocimiento es un modo de participación y cualquier epistemología, si quiere dar cuenta de ella, la supone. La primera experiencia fundamental que tengo de mí mismo es la de mi propio existir. Yo existo, éste es el hecho del que hay que partir, y no del ser en general, y menos aún del *cogito*<sup>22</sup>.

A través de este proceso reflexivo nos hemos visto abocados a una distinción fundamental en Marcel: la distinción entre *problema* y *misterio*: «Un misterio es un problema que avanza sobre sus propios datos, que los invade, y que se rebasa por eso mismo como simple problema»<sup>23</sup>. Todo *misterio* puede degradarse en *problema* ante la reflexión. La unión del alma y el cuerpo (la presencia de mí a mí mismo); el mal (no constatado o contemplado, sino sufrido); un quehacer en el que estoy inmerso; la relación amorosa; el encuentro con una persona, en cuanto individual y concreta, son ejemplos del misterio marceliano. Ya no podemos distinguir lo que está en mí de lo que está delante de mí. Una primera reflexión disocia, analiza, «objetiviza»; una segunda reflexión recupera, reconoce y aproxima el misterio: una reflexión a la *segunda potencia*<sup>24</sup>.

Parece, dice, que entre un problema y un misterio hay la diferencia esencial de que un problema es algo que encuentro, que hallo entero ante mí, pero que, por lo mismo, puedo delimitar y reducir, mientras que un misterio es algo en que yo mismo estoy comprometido, y que no es, por consiguiente, pensable más que como una esfera o nivel en que la distinción del *en mí* y del *ante mí* pierde su significación y su valor iniciales. No puedo ponerme fuera, no puedo ponerme frente a

<sup>20</sup> G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 34.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 35.

<sup>22</sup> Cf. R. JOLIVET, *Las doctrinas existencialistas (desde Kierkegaard a J. P. Sartre)*, p. 339.

<sup>23</sup> G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 38.

<sup>24</sup> Cf. G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 39, nota 8.

aquello de lo cual dependo; frente a aquello que me envuelve, que me comprende, que le soy interior de alguna manera. Ello me modifica, no como causa exterior, sino desde dentro, como un principio interior a mí mismo. También puedo renegar de ello y, de esta forma, traicionarlo. Precisamente, el error capital para la filosofía consiste en degradar el misterio en problema o en pura objetividad, con la pretensión de obtener así una más perfecta inteligibilidad.

Al tratar lo «metaproblemático», estamos en una zona en la que ya no es posible disociar la idea de la certeza que le afecta<sup>25</sup>, pues esta idea es más que una idea, es certeza de sí. «No podemos elevarnos a lo metaproblemático o al misterio sino por una operación que nos desprenda o separe de la experiencia»<sup>26</sup>. Es en el *recogimiento*, y sólo en él, donde se lleva a cabo este desapego, este desasimiento de la experiencia. Por ello mismo podemos aprehender el misterio ontológico, fundar la ontología y testimoniar que no somos unos simples vivientes, es decir, criaturas entregadas a la vida y sin presa sobre ella. En el recogimiento trasciendo el dualismo del estado y del acto, o más exactamente, concilio los dos aspectos: Es el acto por el cual yo me recobro, me recupero como unidad y con ello tomo el aspecto «de un *abandono a —distensión en presencia de—* sin que, en ningún caso, me sea posible hacer posteriores estas proposiciones a un sujeto que ellas regirían. El camino se detiene en el umbral...»<sup>27</sup>.

En el seno del recogimiento tomo posición respecto a mi vida, me retiro de alguna manera de ella, no como el sujeto puro de conocimiento, sino llevándome conmigo lo que soy y lo que quizás mi vida no es. Marcel afirma que el *yo* no es reducible a sus manifestaciones objetivas: Mi vida no es una sucesión de imágenes de las que yo soy un espectador. «Yo no soy mi vida»<sup>28</sup>. A diferencia de Sartre, piensa que existe en el hombre una «naturaleza creada», en cuyo fondo podemos reconocer «una razón que le está ordenada, un principio de radical inadecuación a sí misma que es como la ansiosa anticipación de un orden diferente»<sup>29</sup>. Así, mientras para Sartre el hombre es un «proyecto-de-ser»; un deseo de «ser-en-sí», es decir, de ser para sí mismo su propio fundamento, para Marcel el hombre es una «participación del ser»<sup>30</sup>.

Se nos aparece el intervalo entre mi vida y mi ser: yo no soy mi vida, por ello puedo juzgarla. Si estoy en condiciones de juzgarla es a condición de poder, primeramente, reunirme en el recogimiento más allá de todo juicio y de toda representación. El recogimiento no consiste en mirar algo, en un espectáculo, sino en recobrar, en recuperar, en un reparo interior. Esta reflexión segunda es, pues, el recogimiento en la medida en que es capaz de pensarse a sí misma. Reflexión no exenta de lo vital y dramático implicados en el acto de recobrase.

<sup>25</sup> Cf. *op. cit.*, p. 44.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 45.

<sup>28</sup> G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 46.

<sup>29</sup> G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 81.

<sup>30</sup> Quizás el significado que Marcel atribuye al «ser» quedará más de relieve entendiendo la triple oposición que establece: «ser contra tener, ser contra existencia; mi ser contra mi vida». Cf. K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, Editorial Raón y Fe. Madrid 1968, p. 103.



El hombre tiene también la posibilidad de negar la exigencia de ser: La desesperación es posible en todas las formas, en todo instante, en todos los grados. La estructura del mundo nos la recomienda, por no decir que nos la impone. El espectáculo de muerte que nos impone es una incitación continua a renegar, a la defecación absoluta. El suicidio es permanentemente posible. En el fondo: Traición.

La *desesperación* es el acto por el cual se desespera de la realidad en su conjunto. En la raíz de la desesperación hay una afirmación: Nada hay en la realidad que me permita abrirle un crédito; ninguna garantía. La *esperanza*, al contrario, implica este crédito. Consiste en afirmar que en el ser hay, más allá de lo que es dado (lo que puede formar un inventario, un cómputo), un principio misterioso que está con-fabulado conmigo, que no puede querer lo que yo no quiero; mejor dicho, que no puede no querer lo que yo quiero, al menos si esto que quiero merece quererse y es de hecho querido por todo mi yo. Es la resonancia profética de la verdadera esperanza, que aparece así como el medio de hacer servir para el bien del hombre lo que debería llevarle a la desesperación<sup>31</sup>. La esencia de la esperanza implica la fe en el resultado que se ha de alcanzar.

*Esperanza y desesperanza* subsisten hasta el fin inseparablemente. No obstante, la esperanza puede degradarse en problema: Un deseo que se viste de juicios ilusorios disfrazando una realidad objetiva donde hay interés en desconocer su carácter verdadero. El mundo problemático será el mundo del deseo y por lo tanto del temor; será también el mundo funcionalizado en que reinen las técnicas; será, al fin, el mundo de la desesperación al reconocer la ineficacia última de las técnicas que son incapaces de salvar al hombre. La esperanza auténtica se dirige hacia lo que no depende de nosotros. Su resorte es la humildad, no el orgullo, es decir, el querer encontrar la fuerza sólo en nosotros mismos, actitud que conduce al odio de sí y finalmente al suicidio. La esperanza no es inerte, ya que de serlo sería contradictoria consigo misma; tampoco es una espera adormecida. Es la prolongación en lo desconocido de una actividad central, es decir, enraizada en el ser y afín con la voluntad. Así, el orgullo, que es una crispación, una concentración, un repliegue en sí mismo, se opone a la humildad, al recogimiento por el que tomo contacto con mis bases ontológicas.

Aquí surge la *fidelidad* creadora, lo contrario de un conformismo inerte, de una rutina, de una «observancia» arbitrariamente mantenida que se dirigía contra la renovación del espíritu. La fidelidad creadora sería el reconocimiento activo de una cierta permanencia ontológica en nosotros y delante de nosotros, o lo que es lo mismo, el reconocimiento activo de una presencia que, por otra parte, puede ser olvidada, desconocida, menospreciada y traicionada.

Lo propio de la presencia es estar inscrita misteriosamente, y lo característico de la fidelidad es el ser esa presencia renovada y perpetuada activamente por nosotros, el incitar misteriosamente a crear prolongando dicha presencia, que se corresponde a una cierta toma del ser sobre nosotros, en nuestro seno. La presencia no es la efigie preservada de un objeto desaparecido (esto sería un simulacro, una re-

---

<sup>31</sup> Cf. R. JOLIVET, *Las doctrinas existencialistas (desde Kierkegaard a J.-P. Sartre)*, p. 343.

ducción; sería menos que el objeto). La presencia es más que el objeto, lo desborda. La muerte, de esa forma, sería la prueba de la presencia. Depende de mí el degradarla en efígie, depende de mi actitud interna, el hacernos o no permeables al influjo de esta realidad presencial. Si bien no podemos suscitara, sí podemos abrimos a ella.

La fidelidad consistirá, así, en mantenerse activa y permanentemente en estado de permeabilidad, donde concurren el don y la libertad. De este modo, G. Marcel ha descrito situaciones especiales del vivir cotidiano, tales como la presencia, fidelidad, esperanza y amor, en las que se alcanza la realidad del misterio ontológico, pues «en ellas emerge la realidad oculta de nuestra existencia y se nos descubre su ser auténtico y no falseado por la objetivación, como esencialmente comunicativo al mundo de las cosas y las personas»<sup>32</sup>.

A continuación, Marcel pasa a tratar la noción de *disponibilidad*: el ser disponible se nos manifiesta como el ser capaz de estar todo entero conmigo, más cuando tengo necesidad de él. En el corazón de la indisponibilidad hay alienación, un estar ocupado de sí, un estar obstruido por uno mismo, un estar ocupado (más que de un objeto determinado, de una determinada manera). Se comprenderá, pues, que la santidad sea la manera de introducirse en la ontología. No es que haya que estar vacío o indiferente para estar disponible. La diferencia entre disponibilidad e indisponibilidad es del orden de lo transparente como opuesto a lo opaco, a lo obturado, a lo fijo y, con ello, como opuesto a la inquietud, a la crispación y a la angustia que conllevan estas actitudes, desembocando finalmente en la muerte. Estamos en el corazón del pesimismo, o lo que es lo mismo, de la indisponibilidad.

El alma más disponible es el alma más consagrada. El uso enteramente legítimo de mi libertad consiste precisamente en reconocer que ella no se pertenece a sí misma. Es a partir de aquí que se puede escoger, crear, siendo la clave que nos abre este camino el amor.

Todo esto hace referencia al cristianismo, pero dichas nociones no dependen de la revelación cristiana ni la suponen. En realidad no podemos ignorar el hecho cristiano y todo lo que implica, tanto si nos adherimos a él o no<sup>33</sup>. El hecho cristiano juega aquí tan sólo un papel de principio fecundante, que nos favorece al permitirnos la eclosión de ciertos pensamientos<sup>34</sup>. Tampoco hay que confundir los misterios envueltos en la experiencia humana en tanto que experiencia, y los misterios revelados.

El reconocimiento del misterio ontológico, reducto central de la metafísica, no

<sup>32</sup> Cf. T. URDÁNOZ, *Existencialismo y filosofía de la existencia humana*: «Estudios Filosóficos» IX (1960) 58s.

<sup>33</sup> Cf. G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, pp. 78s.

<sup>34</sup> Ante el hecho de que Marcel sea un católico creyente, se podría pensar que su filosofía es el resultado de su catolicismo, y que sus reflexiones han sido deliberadamente dispuestas para conducir a la idea de la respuesta que Dios da a la invocación y al llamamiento del hombre, según los términos de la revelación cristiana. Pero ello sería un error, no sólo por el hecho de que en sus reflexiones filosóficas no hace uso alguno de los dogmas cristianos, sino porque las bases de su postura filosófica fueron formuladas mucho antes de que fuera recibido en la Iglesia, hecho que sucedió en 1929, cuando Marcel contaba treinta y nueve años de edad. Marcel no es, pues, un «teólogo cristiano disfrazado», sino que fue su propio itinerario espiritual, su reflexión filosófica, lo que le llevó al cristianismo.

es posible más que por una especie de irradiación fecundante de la revelación misma que puede producirse en el seno de almas ajenas a toda religión positiva. Este reconocimiento que se efectúa a través de ciertas modalidades superiores de la experiencia humana, no entraña de ninguna manera la adhesión a una religión determinada, pero apunta hacia la posibilidad de una revelación. Una filosofía tal, va al encuentro de una luz que presiente y que estimula secretamente su desarrollo.

Como conclusión se puede afirmar que *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique* constituye el verdadero manifiesto del pensamiento de Marcel, ya que desencadena un notable avance que se señala por la elucidación de las categorías maestras del *ser* y del *poseer*, la distinción del *problema* y del *misterio*, de la reflexión primera y de la reflexión segunda, por la exploración de lo metaproblemático y en general de las dimensiones ética y social del ser<sup>35</sup>.

Esta obra está destinada a averiguar cómo puede el hombre conocer el *misterio ontológico*, o dicho de otro modo, conocer su propio misterio. Marcel nos dirá que el camino de acceso al misterio y al ser es la *participación*<sup>36</sup>. Y aquí la palabra «participación» está cargada de sentido metodológico. El ser para Marcel no es un mero concepto o idea, sino lo más concreto y lleno de vida que existe<sup>37</sup>. Afirma que el hombre puede llegar a reconocer el ser, por vía de aproximaciones concretas, en la participación de experiencias muy complejas y valiosas como por ejemplo el amor, la fidelidad, la esperanza. El análisis de estos términos desemboca en lo que parece ser una forma peculiarmente chocante de metafísica, ante la cual, como muy bien afirma F. Copleston, «podemos quedarnos sin saber no sólo si hemos entendido en realidad lo que se ha dicho, sino también si, de hecho, se ha dicho algo que sea inteligible»<sup>38</sup>.

Marcel no aporta una prueba «metafísica», sino que debe recurrir a la exigencia ontológica de la persona para aclarar lo que significa realmente ser. Sin embargo, lo que más le importa a Marcel es despertar la conciencia del hombre: un hombre que en el seno de un mundo funcionalizado ha perdido su «sentido ontológico» y confunde su ser con su vida, su ser con su tener, lo cual le abocará finalmente a la desesperación.

### 3. LA CONCEPCIÓN DE LA METAFÍSICA DE GABRIEL MARCEL

En este apartado se tratará de exponer el pensamiento de Marcel de un modo más o menos «sistemático», pero se deberá tener en cuenta que ello es en buena medida una falsificación de su modo de pensar.

En el filosofar de Marcel hay, por supuesto, temas que se repiten insistentemente, y no es difícil señalar algunos de ellos. Pero, tal y como se ha reiterado anterior-

<sup>35</sup> Cf. Y. BELAVAL, *Historia de la Filosofía*, vol. X, Siglo XXI Editores, Madrid, 1983, p. 186.

<sup>36</sup> Cf. G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 10.

<sup>37</sup> «El terrible vacío que se da en un mundo vaciado del ser, es un testimonio más de que el ser, cuando está presente, es plenitud» (K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, p. 115).

<sup>38</sup> F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía*, vol. IX, p. 322.

mente, más que los resultados o conclusiones, lo que principalmente interesa es el proceso mismo de la reflexión, por lo que cualquier intento de resumir el pensamiento de Marcel en unas cuantas sentencias corre el peligro de ser inadecuado e insatisfactorio. A fin de minimizar, en la medida de lo posible, la inevitable deformación que surge en todo intento de explicar sistemáticamente sus doctrinas, se expuso en el punto anterior el itinerario espiritual y reflexivo de Marcel en la redacción de *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*. De esta manera, las líneas generales de su original concepción de la metafísica han quedado ya de algún modo trazadas. No obstante, a continuación se tratará de exponer su pensamiento de un modo más metódico y ordenado, para lo cual nos centraremos en la explicitación del significado y contenido de algunas ideas clave en la metafísica marceliana como son las nociones de «problema», «misterio», «misterio ontológico», «ser», «exigencia ontológica», «tener», «reflexión primera», «reflexión segunda», «Dios», «libertad», «fidelidad», «esperanza» y «amor», entre otras.

Una distinción que hace Marcel, y que considera muy importante, es la existente entre *problema* y *misterio*. Un *PROBLEMA*, tal como usa Marcel el término, es una pregunta que puede ser respondida de un modo puramente objetivo, sin que el que interroga se inmiscuya o afecte. Problema es simplemente lo que se me propone, pero lo que se me propone siendo externo; corresponde a lo dado. Es decir, el problema es algo que encuentro ante mí, que puedo delimitar objetivamente y reducir. Frente a él tomo una actitud de espectador. Así pues, *problema* es una cuestión susceptible de ser considerada de modo puramente objetivo, sin que el ser del propio inquiridor se vea envuelto en ella. Un ejemplo claro y típico de ello es el problema matemático. Un problema es, pues, una inquisición que se hace respecto a un objeto que el yo aprehende de un modo exterior. En este sentido, «la ciencia encarna, por supuesto, el supremo logro del conocimiento problemático, [...] pero la ciencia no es lo único que corresponde a la noción de un problema»<sup>39</sup>.

En cambio, *MISTERIO* es una cuestión que afecta al ser de la persona que la plantea, de modo que ésta no puede dejar de tomarse en cuenta al considerar la cuestión o tema, es decir, en un misterio lo que se da no puede ser considerado como separado del yo. Hay datos que en su misma naturaleza no pueden ser puestos frente a mí, por la razón de que como datos me comprenden a mí. Así, pues, el misterio es algo implicado en mi propio ser, ya que en el misterio yo mismo soy actor. «Misterio es algo en lo cual me encuentro comprometido, y cuya esencia es, por consiguiente, algo que no está enteramente ante mí»<sup>40</sup>.

Respecto al término *misterio* conviene aclarar que no debe ser aquí entendido en el sentido teológico de una verdad revelada por Dios que la razón humana, por sí sola, sea incapaz de demostrar. Tampoco significa lo desconocido o incognoscible, sino que Marcel utiliza la noción de «misterio» para referirse a lo que viene dado en la experiencia, pero que no puede ser objetivado de modo que el sujeto

<sup>39</sup> K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, p. 85.

<sup>40</sup> G. MARCEL, *Être et Avoir*, Aubier-Montagne, París, 1935, p. 145.

quede al margen de la cuestión<sup>41</sup>.

Un problema admite una solución: su solubilidad no es lo que le hace ser un problema, pero por ser un problema es soluble. Sin embargo, no es su carácter de insoluble lo que define a un misterio, sino el hecho de que no es objetificable, es decir, el hecho de que es una realidad que comprende la realidad del sujeto. Las diferencias entre «problema» y «misterio» quizás sean en parte aclaradas por una nueva distinción que establece Marcel entre: «primera reflexión» y «segunda reflexión».

La *REFLEXIÓN PRIMERA* (o «primera reflexión») consiste en una nueva dimensión puramente racional por la que rige la oposición sujeto-objeto que comporta un olvido de sí mismo y del ser. En este nivel de la *primera reflexión* un objeto no puede ser descrito como presente a mí si no es localizable, según determinados criterios, en el espacio y en el tiempo. Este concepto de *primera reflexión* va enlazado a los de *objetivación* y *problema*. En el plano de la «reflexión primera» se rompe la unidad concreta de la experiencia inmediata y prerreflexiva. Pero también es posible considerar otra especie de reflexión: la que Marcel llama *REFLEXIÓN SEGUNDA* y que intenta combinar, en la medida de lo posible, la inmediatez de la experiencia con la reflexión. Por medio de la reflexión segunda el hombre se posee a sí mismo en el recogimiento humilde, siendo capaz de encontrar por medio del mismo la relación vivida con el ser<sup>42</sup>. La *reflexión secundaria* recupera la unidad de la experiencia participada que ha sido dicotomizada por la *reflexión primera*, y se basa en una intuición<sup>43</sup>. El concepto de *reflexión segunda* va enlazado a la idea del *misterio*. El propio Marcel admite que es fácil que esta *reflexión segunda* degenera en *reflexión primera*, al mismo tiempo que considera la *reflexión segunda* como una exploración del significado metafísico de la experiencia.

A continuación, vamos a tratar la noción de *SER*<sup>44</sup>, que constituye el núcleo temático básico y central en torno al que gravita todo el pensamiento de Marcel<sup>45</sup>. Sin embargo, y de acuerdo con K. T. Gallagher, nos vemos obligados a afirmar que «en ninguna parte aparece tan claro el desdén innato de Marcel hacia la presentación sistemática como en su doctrina del ser, tan increíblemente rica y tan desconcertantemente recóndita»<sup>46</sup>.

<sup>41</sup> A medida que se afianzó en su pensamiento, Marcel sustituyó el «inverificable» del *Journal* por el término «misterio».

<sup>42</sup> «La reflexión secundaria aparece en escena con el papel de una reflexión sobre una reflexión. No es tanto una negación de la reflexión primaria cuanto un rechazo de toda pretensión de finalidad o exclusivismo inherente en ella» (K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, p. 85).

<sup>43</sup> En un principio, Marcel llamó «intuición reflexiva» a la «reflexión segunda».

<sup>44</sup> Cf. F. BLÁZQUEZ, *La filosofía de Gabriel Marcel*, pp. 158-244, passim; K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, pp. 97ss.; G. MARCEL, *El ser ante un pensamiento interrogativo*, conferencia incluida en su obra *Filosofía para un tiempo de crisis*, trad. de F. García y P. Buendía, Ediciones Guadarrama, Madrid 1971; F. PECCORINI, *La «razón de ser» en la «Participación»*, Editor Juan Flors, Barcelona 1959, pp. 163-282, passim; P. A. SCHILPP-L. E. HAHN, *The Philosophy of Gabriel Marcel*, pp. 81-122.

<sup>45</sup> El propio Marcel afirma: «La reflexión sobre el ser se encuentra en el centro de mi pensamiento ya desde un principio, lo cual se traduce especialmente por la distinción entre problema y misterio» (G. MARCEL, *Filosofía para un tiempo de crisis*, p. 77).

<sup>46</sup> K. T. GALLAGHER, *La filosofía de Gabriel Marcel*, p. 97.

El propósito fundamental de su pensamiento y la problemática sugerida en él como «cuestión metafísica» se centra en dos ejes fundamentales: el «ser» de los seres y el Ser Absoluto, interpretado el primero muchas veces como «exigencia de ser»<sup>47</sup>. Así, el propio Marcel declara: «Cuando intento considerar mi curso filosófico en su conjunto me veo obligado a constatar que ha estado animado por dos preocupaciones fundamentales que, a primera vista, pueden parecer contradictorias; una se manifiesta más directamente en mi obra dramática que en mis ensayos especulativos; la otra se expresa en el registro metafísico, pero sigue presente en el trasfondo de mis dramas, sean estos lo que sean. A esta última la llamaré exigencia de ser; la otra es la preocupación por los seres captados en su singularidad y al mismo tiempo en las misteriosas relaciones que los vinculan»<sup>48</sup>.

Para Marcel el centro u objeto fundamental de la reflexión filosófica es el *ser*, y en especial (como veremos más adelante) el *ser humano*. Pero si el ser es el tema del metafísico, ante él se alza la doble interrogación tradicional: «¿existe el ser?», «¿qué es el ser?». Así pues, si el tema de la metafísica es el ser, el sujeto de la metafísica ha de consistir en un ser que, además de ser, sea capaz de reconocer su propio ser y el ser de lo otro en relación vital consigo mismo. Insiste en que al «ser» no se le puede convertir en un objeto, en algo captable directamente o por intuición, si-no que sólo puede aludirse a él indirectamente. Pero el ser no es simplemente estar o existir, sino ser valioso. *Ser* es lo que no se puede penetrar, es lo incalificable, y a la vez el *ser* es plenitud y dimensión trascendente de la propia vida. El «ser» no es un concepto ni representa una esencia determinada, sino que «el ser es lo que resiste, o resistiría, a un análisis exhaustivo que versara sobre los datos de la experiencia y que intentara reducirlos de uno en uno a elementos cada vez más vacíos de valor intrínseco o significativo»<sup>49</sup>.

En definitiva, este *ser* que soy yo, no me es transparente, es un *misterio* que rebasa el plano del sujeto-objeto. Así pues, el mal, el amor, la fidelidad, la fe, la muerte, la esperanza, el misterio familiar, mi cuerpo en cuanto mío, el mundo, el yo, la justicia, la libertad, el ser..., son realidades transobjetivas, que no pueden alcanzarse por vía de conocimiento racional, puesto que no son problemáticas, sino misteriosas.

De este modo, el *MISTERIO ONTOLÓGICO*<sup>50</sup> o *misterio del ser* es una esfera de la realidad que no puede convertirse en problema. Es algo inaccesible a la razón problematizadora y que sólo se hace presente a la vivencia. El ser siempre revela una presencia que es un misterio: yo soy quien, presente a mí mismo, me interrogo por mi ser. La fidelidad, la esperanza y el amor me revelan la vivencia del propio ser como participación y ello me lleva a la fe. Sólo caben, pues, aproximaciones

<sup>47</sup> Esta «exigencia de ser» también es denominada por Marcel como «necesidad metafísica», «apetito del ser», «inquietud metafísica», «exigencia ontológica», «exigencia de trascendencia»...

<sup>48</sup> G. MARCEL, *Du Refus à l'Invocation*, París 1940, pp. 192-193.

<sup>49</sup> G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 30.

<sup>50</sup> Como hemos visto, el propio Marcel afirmó que todo su desarrollo filosófico ha estado dominado por una doble preocupación: la exigencia de ser, y la obsesión por los seres aprehendidos en su singularidad y al mismo tiempo captados en las misteriosas relaciones que los ligan unos a otros. Así pues, típica y muy repetida en él, es la apelación al «misterio ontológico», en que radica el núcleo de su pensamiento.

concretas al misterio ontológico<sup>51</sup>. El acercamiento al misterio ontológico se realiza mediante actos personales, puesto que el misterio ontológico no es un problema de investigación que hace el sujeto sobre el ser, sino una búsqueda en la que el sujeto se encuentra empeñado.

En definitiva, el ser es misterio, no es un dato, y por ello está más allá de todo juicio posible y de toda representación. Por otra parte, nunca puedo descubrir el significado último del ser, prescindiendo de mi yo singular; el ser no es un objeto; yo no soy un espectador, un testigo imparcial, sino un participante; es decir, el sujeto traduce al lenguaje conceptual su experiencia profunda de ser un yo singular.

El reconocimiento ontológico del ser humano es la clave de la metafísica de Marcel, pero no debemos olvidar que sus reflexiones sobre el ser sólo son comprensibles a la luz de su «exigencia ontológica» o «necesidad de ser», cuestión primaria y primordial para todo hombre. La *EXIGENCIA ONTOLÓGICA* no es una «curiosidad trascendente», dirigida hacia un objeto exterior o periférico, «objetivo», que en nada afecte al sujeto reducido así a un observador fijo e inmóvil, sino que es una búsqueda noética y tendencial de nuestro mundo interior: Esta exigencia ontológica, que se nos da en la experiencia, sólo se sacia con un movimiento noético y voluntario que consiste en discernir y promocionar sinceramente nuestros valores éticos que deben reflejar nuestro ser profundo<sup>52</sup>.

Sin embargo, Marcel se lamenta de que esta exigencia ontológica o búsqueda del ser (que tiene como sujeto necesario y como objeto fundamental el mismo ser del hombre) haya prácticamente desaparecido en la sociedad de su tiempo que es la nuestra. Critica la civilización racionalista, científica e industrial en la que ha desaparecido todo el sentido del misterio ontológico, y en la que el hombre es concebido como un haz de funciones. Marcel se opone resueltamente a todas las fuerzas sociales y políticas que tienden a una completa objetivación de la persona humana, convirtiéndola en una cosa, en un mero miembro de una colectividad, o reduciéndola simplemente a su función social.

La exigencia de ser queda satisfecha en parte en el nivel de la intersubjetividad: En el plano de la intersubjetividad el hombre se peca conscientemente de su participación en el Ser y se la apropia en el nivel de la comunicación y comunión personales. Así pues, el acceso al ser se alcanza mediante la intersubjetividad: La revelación del ser se nos da a través de la entrega existencial y en particular por medio de ciertos actos de naturaleza privilegiada: la fidelidad, el amor, la esperanza, son, para Marcel, los principales, pero lo son también la invocación, la plegaria y la comunión. Ellos nos revelan la existencia del tú y, en último término, de la comunidad de las personas. Las experiencias ontológicas se convierten entonces en la base misma desde la cual una experiencia del ser y una comprensión de él se hacen posibles. De este modo, la vinculación al ser se descubre por medio de la vinculación a un ser, no por una intuición intelectual ni tampoco por un progreso infinito del pensamiento (pues estos últimos métodos representan un empobreci-

<sup>51</sup> En ello consiste precisamente la filosofía concreta de Marcel, en «contornar» el misterio mediante sucesivas aproximaciones.

<sup>52</sup> Cf. F. SIERRA, *La condición humana en G. Marcel*, p. 72.

miento y objetivación, ya que constituyen una simple problematización del misterio). Pero este descenso a la intersubjetividad es simultáneamente un ascenso a la trascendencia, ya que la exigencia de ser se formula también hacia lo absoluto e incondicionado: En la exploración de la intersubjetividad se descubre a Dios como el Absoluto personal y trascendente, y el hombre cobra conciencia de la orientación de su personalidad hacia el Tú absoluto, hacia Dios.

*DIOS* o el Ser Absoluto está en la cúspide y en el centro de los seres y de su exigencia ontológica. Sin embargo, Marcel no considera a Dios como un objeto cuya existencia se afirme como la conclusión resolutoria de un problema: La realidad de Dios no está dada por vía de caracterización, pues no es uno más de tantos objetos que se encuentran en la experiencia empírica. Pero si Dios no se da de forma inmediata en el mundo empírico, tampoco se da en una experiencia directa o intuición inmediata: No se trata de una experiencia de Dios en sentido estricto, sino de un conocimiento de Dios envuelto en mediaciones concretas como son la fidelidad, el amor, la esperanza, el compromiso (indicadores, todos ellos, de que nos encontramos envueltos en una realidad que nos supera y fundamenta).

Así pues, Marcel afirma la existencia de Dios<sup>53</sup>, pero esta existencia no la demuestra por vía racional, sino que llega a ella en el mismo plano de relación personalista (de exigencia de la persona), en el plano del tú, en el amor y veneración, y mediante una participación en el Ser. Sin embargo, a esta aprehensión del ser en su misterio ontológico no se llega por simple esfuerzo de recogimiento, sino que se precisa una decisión libre mediante la disposición moral de fidelidad, o aceptación de nuestro ser tal cual es. «El hombre se encuentra implantado en Dios; no tiene porqué buscarle fuera. Sólo hace falta que el hombre preste atención y reflexione sobre esta presencia, en el recogimiento de su corazón, con amor y humildad [...] No hay planteamiento del problema de Dios, porque Dios no es ningún problema para el hombre. El hombre y Dios están implicados en el misterio del Ser»<sup>54</sup>.

Marcel inicia una renovación del lenguaje filosófico sobre Dios. Así, el conocimiento teórico de Dios sólo subsiste enraizado en una serie de experiencias profundas, de «experiencias de plenitud» que no deben ser entendidas en el sentido reduccionista, empírico, de «experiencia»: La existencia de Dios no es verificable si entendemos por verificabilidad la constatabilidad empírica en el espacio y en el tiempo. Dios, en cuanto realidad, debe ser verificado en la experiencia de la realidad humana: Las afirmaciones sobre Dios han de ser confirmadas en el horizonte de las experiencias de nuestra propia vida y no por una deducción racional.

La fe no es una cuestión de creer «que», sino de creer «en», y para Marcel (como para Kierkegaard) Dios es el Tú absoluto. La relación personal puede ilustrar

---

<sup>53</sup> En este sentido, R. Jolivet afirma que la investigación filosófica de Marcel ha estado orientada desde el principio hacia una elucidación de lo que comúnmente se llama «existencia de Dios» e «inmortalidad del alma». Pero antes de saber si se debía o no admitir la existencia de Dios, Marcel pensó que era preciso aclarar primero el sentido de la palabra «existencia». Cf. R. JOLIVET, *Las doctrinas existencialistas (Desde Kierkegaard a J.-P. Sartre)*, p. 332.

<sup>54</sup> F. MATE RUPÉREZ, *Planteamiento del problema de Dios en la filosofía de G. Marcel*, tesis de licenciatura (septiembre de 1965), Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía, pp. 60-61.



en alguna medida la relación existente entre Dios y el hombre. Son varios los enfoques concretos hacia la «Presencia absoluta», es decir, hay diversos modos de orientarse hacia Dios que no son mutuamente exclusivos. Así, el hombre puede abrirse a esta Presencia, a Dios, mediante las relaciones intersubjetivas, como el amor y la fidelidad creadora, que son sostenidas por Dios y hacia él apuntan; pero el culto, la plegaria, la invocación y respuesta a su llamamiento son también caminos para llegar a experimentar la Divina Presencia. Sin embargo, aquí se hundan las raíces de una filosofía de la libertad, y esta posibilidad de acogimiento o de rechazo constituye la esencia misma de la libertad, porque el hombre es una libertad que siente la llamada de la libertad. Así pues, el hombre puede abrirse a Dios, pero también puede cerrarse a él y negarlo, rehusando invocarlo. Y ello depende, según Marcel, de una opción libre, de un acto de la voluntad.

Hemos visto anteriormente cómo el camino de acceso al misterio y al ser es la *PARTICIPACIÓN* de experiencias muy complejas y valiosas como por ejemplo el amor, la fidelidad, la esperanza. El discursar filosófico de Marcel avanza por el sondeo de situaciones concretas que nos descubren el sentido de nuestra vida, a la vez que sus valores absolutos; pues es en el seno de esas experiencias concretas, excepcionales, de plenitud, donde penetra la Trascendencia y se deja reconocer por el hombre.

El propio Marcel afirmó: «Las aproximaciones concretas del Misterio Ontológico deberán buscarse no ya en el registro del pensamiento lógico, cuya objetivación plantea un problema previo, sino más bien en la elucidación de ciertos datos, propiamente espirituales, como son la fidelidad, la esperanza, el amor, en los que el hombre se nos muestra enfrentado con la tentación de la negación y del repliegue sobre sí mismo, del endurecimiento interior...»<sup>55</sup>. Por consiguiente, a continuación vamos a centrarnos en la caracterización de estas experiencias concretas: la fidelidad, la esperanza y el amor<sup>56</sup>.

En el primer *Journal* apenas hay lugar para el análisis fenomenológico de la *FIDELIDAD*, pues tan sólo aparece textualmente cuando Marcel afirma que la fidelidad absoluta es la fe. Sin embargo, en *Être et Avoir* los puntos de vista sobre la fidelidad son constantes y se hayan interconexiónados con la fe, la esperanza y el amor.

La concepción de la *fidelidad* constituye uno de los pilares fundamentales del pensamiento marceliano, sin embargo generalmente se le ha concedido poca importancia. Frente a un mundo desnaturalizado, vacío de toda significación, Marcel opone una «ética de la fidelidad». Sólo en esta perspectiva puede entenderse que por la fidelidad el hombre trascienda todo devenir, el trágico mundo del haber, de lo problemático y vaya más allá de la muerte, de la ausencia y del tiempo.

Marcel en su análisis fenomenológico de la fidelidad, empieza distinguiendo entre *fidelidad* y *constancia*. La constancia viene a ser como el «armazón racional de la fidelidad», y puede definirse como el hecho de perseverar en un determinado propósito. Sin embargo, la fidelidad implica un elemento más difícil de comprender:

<sup>55</sup> G. MARCEL, *Être et Avoir*, p. 173.

<sup>56</sup> Cf. F. BLÁZQUEZ, *La filosofía de Gabriel Marcel*, pp. 212-237.

la *presencia*, que no es el hecho de manifestarse exteriormente, sino el de «hacerme sentir que está conmigo».

La base de la *fidelidad* radica en el reconocimiento de un permanente ontológico. La fidelidad que no es un acto, sino un compromiso de por vida, exige un ser permanente, un «tú», digno, merecedor de que yo empeñe mi palabra y al que confiero un verdadero valor. Mediante la *fidelidad creadora*<sup>57</sup>, el hombre se compromete en una forma positiva de relación interpersonal, que es transformadora del tú y del yo, porque renueva no sólo a quien se compromete sino también al tú de nuestro compromiso. Estamos en la unión del más estricto compromiso y de la más desenfadada esperanza.

La verdadera naturaleza de la fidelidad se revela como «testimonio». Por eso, una ética que se inserta en la fidelidad se dirige, irresistiblemente, hacia una voluntad de incondicionalidad que no es sino la exigencia y el sello mismo del Absoluto en nosotros. Así pues, mediante la fidelidad, que es fruto de la aprehensión sobre nosotros de un doble permanente (el ser del prójimo y el ser de Dios), trasciendo mi devenir y alcanzo mi ser.

Marcel se refiere intermitentemente a la *ESPERANZA* en todos sus escritos, pero sus análisis más estructurados y específicos aparecen en el capítulo II de *Homo Viator* («Esquisse d'une phénoménologie et d'une métaphysique de l'espérance»), y en el capítulo IX de *El Misterio del ser* («La muerte y la esperanza»). Marcel ha querido desarrollar una ontología de la esperanza frente a las ontologías de la desesperación. Lleva a cabo un análisis existencial de la esperanza con la intención de contraponerla a la angustia y desesperación de los existencialistas protestantes y ateos. Para Marcel la esperanza no es un mero sentimiento psicológico, sino *la expresión de una radical estructura metafísica*.

La metodología marceliana empieza por clarificar qué no es la esperanza, con el fin de evitar ambigüedades; y así nos dice que la esperanza no puede confundirse con el deseo, con un optimismo fácil, ni tampoco consiste en la simple aceptación de una situación que se impone. La esperanza es asunción responsable de la situación histórica, surge como «perforación del tiempo» y «memoria del futuro», como apertura de crédito a la realidad.

La esperanza se presenta como reacción contra toda desesperación<sup>58</sup>, no puede capitular ante la dificultad. Mediante la esperanza el hombre puede verificar existencialmente lo Inverificable por esencia, ya que nos hace ver que las cosas carecen de solidez si no son referidas a un orden trascendente. Así pues, la esperanza tiene sus fuentes en lo Invisible.

Fe y esperanza están íntimamente conectadas. Pero la esperanza también implica fidelidad, porque esperar es permanecer fiel en medio de las tinieblas. Sin embargo,

<sup>57</sup> «La fidelidad aprehendida en su esencia metafísica nos aparece como el único medio de que disponemos para triunfar sobre el tiempo, si esta fidelidad es una *fidelidad creadora*» (G. MARCEL, *Homo Viator: Prologomènes à une métaphysique de l'espérance*, Aubier-Montaigne, Paris, 1944, p. 171).

<sup>58</sup> «Desesperar» es admitir que la vida carece de sentido: «desesperar es suicidarse», es el absurdo sartreano. La desesperación es la profunda congoja del alma que proclama que no hay ser y consecuentemente, que no hay modo de colocar mi ser más allá de mi vida. Es probablemente en este punto de su filosofía donde el pensamiento de Marcel pulsa las cuerdas más típicamente existencialistas.

afirma una vez más Marcel, el hombre es libre de un rechazo radical cediendo al empuje de la desesperación y también es libre de confiar en la fuerza creadora de la realidad que, en su seno conlleva una exigencia de trascendencia.

Finalmente, la plenitud de la esperanza sólo puede darse donde existe el intercambio espiritual, la participación, es decir, el amor. Amor y esperanza no pueden separarse, pues ambas aúnan sus esfuerzos para hacer que el hombre supere la tentación de cerrarse en sí mismo, evitar la desvitalización de la persona y salvarla de un empirismo sistemático.

Marcel habla poco explícitamente del AMOR. No ha dedicado directamente a este tema ninguna obra, ensayo o conferencia; pero implícitamente esta experiencia de plenitud que constituye el amor se haya presente en toda su obra ya desde el propio *Diario Metafísico*, donde las referencias al amor eran numerosas. Nuestro autor piensa que el amor únicamente puede plantearse en una dialéctica de la participación. Por eso el amor no es ni un estado de ánimo del sujeto ni la imagen mental que me formo del otro, ya que una postura así falsearía la realidad misma del amor porque sería tratar al otro como a un él, objetivándolo y caracterizándolo<sup>59</sup>.

En definitiva, la relación amorosa es un misterio, de modo que cuanto más la vivimos menos nos preguntamos sobre ella. Pero lo que es propiamente misterioso, según Marcel, no es el objeto del amor, sino la relación, la comunicación amorosa. El amor está por encima de todo juicio, más allá de las categorías lógicas y de cualquier posibilidad de verificación. En definitiva, el amor está muy distante de cualquier construcción intelectual. «Amar», pues, no es conocer «adecuadamente», sino que el amor surge como invocación, como llamamiento del «yo» al «tú»<sup>60</sup>.

Tanto la fe como el amor constituyen una cierta manera de alcanzar esa realidad que nos trasciende: el Tú Absoluto. La plenitud buscada por el hombre mediante la comunicación amorosa (que transforma radicalmente a los seres) sólo puede hallarla en un Absoluto. El valor trascendente de la experiencia amorosa, como las experiencias concretas de la fidelidad y de la esperanza, es fruto de un autorreconocimiento, de que el sujeto haga consciente la búsqueda de infinito (exigencia de trascendencia), que implica siempre una actitud de participación.

En síntesis, podemos distinguir dos fases en la metafísica marceliana: En un primer momento, el hecho de estar enraizados en el ser, de ser «seres substanciales», sostiene y hace posible toda nuestra vida cognoscitiva y principalmente el conocimiento de nuestro propio ser, el ser de las demás cosas, y el de la sustancia Divina. Sobre esa base se desarrolla posteriormente una actividad personal de aproximación al ser mediante la reflexión segunda, posible sólo en el «recogimiento». El RECOGIMIENTO es una actitud interior mediante la cual me es posible juzgar mi vida, porque en ella se me manifiesta el intervalo que media entre mi ser y mi vida; y, porque, además, esencialmente consiste en encontrarme a mí mismo, en

<sup>59</sup> «Donde mejor vemos borrarse la frontera entre lo *en mí* y lo *delante de mí*, es en el amor» (G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*, p. 39).

<sup>60</sup> «Amar a un ser es decir: tú no morirás [...] Puesto que te amo, puesto que te afirmo como ser, hay en tí algo que me permite franquear el abismo de eso que llamo indistintamente la muerte» (G. MARCEL, *Le Mystère de l'Être*, Aubier, París, 1951, t. II, p. 62). Cf. *Homo Viator*, p. 194.

topar con mis bases ontológicas. Así pues, el recogimiento es una actitud moral que nos pone en disposición de juzgar rectamente de nuestra vida.

El reconocimiento del misterio ontológico del ser humano es la clave de la metafísica marceliana. Podríamos definir su metafísica como una aproximación a una muy positiva seguridad del ser, cuyo destino va inherente a las experiencias excepcionales de la fidelidad, de la esperanza, del amor. La originalidad de Marcel está en haber intentado descubrir una cierta aprehensión de la trascendencia como emparentada con la persona, como transpersonal, como Tú Supremo. El propio Marcel caracterizó la metafísica como «el acto por el que se define una inquietud y consigue parcialmente (aunque misteriosamente) si no suprimirse a sí misma, sí, al menos, trascenderse, cambiarse en una expresión de sí que, lejos de paralizar la vida superior del espíritu, la reafirma y la mantiene»<sup>61</sup>. El discurso metafísico trata de captar lo más íntimo de la realidad y de nuestra realidad.

Para Marcel, la metafísica, más que la obtención o retención de un resultado, es una búsqueda, un pensamiento filosófico vivo, en tensión constante, vital y crítica sobre la vida cotidiana. Como movimiento vital del espíritu la metafísica es una tarea creadora en el sentido de reconocer y de descubrir los vínculos sensibles y espirituales de nuestro ser en el mundo que nos posibilitan llevar a término nuestra aspiración ontológica. En definitiva, la metafísica es una reflexión sobre el ser humano en comunión existencial con todo ser y con el Ser Absoluto del que todo ser participa y en cuya participación puede llegar a realizarse.

Es un mérito de nuestro autor el haber puesto de manifiesto que más allá de la objetividad está la realidad existencial, por una parte; y la realidad del ser, trascendente, por otra. Y, entre ambas vertientes, la realidad del «tú». Además, subraya Marcel el carácter a la vez íntimo y misterioso del enlace entre el hombre y su cuerpo, y concluye que la encarnación es un dato central de la metafísica.

También son particularmente interesantes sus reflexiones sobre el mundo actual, que considera que «la religión de la técnica» ha convertido en un mundo funcionalizado. La vida en un mundo basado sobre la idea de función se encuentra expuesta y abocada a la desesperación. La tendencia a ver el yo como una suma de un cierto número de predicados perfectamente definibles se convierte en una tendencia a reducirlo a cierto número de funciones. Cuando esto sucede, aparece el «hombre problematizado» que es producto de nuestra civilización racionalista, científica e industrial, en el que ha desaparecido todo sentido del misterio ontológico y sobre el que Marcel pronuncia más de una lamentación. Considera que en su sociedad todo contribuye a arrancar al hombre su sentido del ser, ese contacto viviente con lo inagotable que hay dentro de él, que es la única fuente su-prema de plenitud y de alegría. Un mundo funcionalizado, produce un yo especializado cuyos recursos pueden ser perfectamente catalogados y utilizados, y Marcel acusa a la técnica de esta funcionalización, a través de la cual el hombre se empobrece y se convierte en un ser alienado, codicioso y ávido de bienes, que tiene por ídolos la producción, el consumo y la técnica. Por eso, en lugar de amigos, busca placer, posesión y

---

<sup>61</sup> G. MARCEL *Homo Viator*, p. 182. Cf. *Du Refus à l'Invocation*, pp. 192-193.

poder: en vez de «ser», busca «tener».

En conexión con la definición de la metafísica como esclarecimiento de una inquietud cuyo centro de atención es el ser y más específicamente el ser humano, Marcel insiste también sobre la relación entre metafísica y verdad. Marcel era consciente de que la verdad dentro del plano existencial no puede depender exclusivamente de procesos intelectuales, por lo que resalta la inadecuación entre la razón y la realidad. De ahí que considere que la verdad de la «razón pura» es sólo una pobre parcela de lo real, y que deben abrir nuevos caminos progresando hacia la necesidad de una nueva ontología.

La filosofía de Marcel, uno de cuyos pilares será la metafísica de la esperanza como expresión de la vocación de absoluto ínsita en el hombre, intenta ser una «nueva mayéutica» que haga emerger en cada uno de nosotros, mediante la reflexión, el ser o la dimensión trascendente de nuestra realidad. Marcel intenta reavivar el sentido y la conciencia de lo que hay de hondo y de metafísicamente significativo en lo familiar y lo común. Así, a menudo, parte de un término familiar como «tener»<sup>62</sup> o «presencia», «amor», «esperanza», etc. y procede a analizar su significado. Por un momento puede darnos la impresión de que nos hayamos ante un analista lingüístico, pero pronto nos percatamos de que Marcel no hace sino revelarnos la significación metafísica que se oculta tras términos aparentemente ordinarios y triviales. Podríamos decir que lo que le interesa no es llegar a demostraciones deductivas sino revelar las implicaciones, desplegar la significación metafísica de una experiencia personal desde dentro de la experiencia misma. En definitiva, Marcel trata de restituir a la experiencia humana su peso ontológico.

No puede negarse que el pensamiento de Marcel es difícil de captar y también muy personal. Pero es importante percatarnos de que «él no trata de explorar lo que trasciende toda la experiencia humana, sino que lo que pretende es poner de manifiesto o llamar la atención sobre el significado metafísico que se oculta en lo familiar, sobre los indicadores de lo eterno que hay en las relaciones interpersonales, a las que atribuye un gran valor positivo, y sobre una presencia que lo invade y unifica todo»<sup>63</sup>. Podríamos decir que su filosofía trata sobre las relaciones personales y la relación con Dios.

Así pues, Marcel no nos propone una definición metafísica, sino más bien una descripción por la que la metafísica sería un esfuerzo por obtener una cierta captación o percepción de lo Absoluto y, en cierta manera también, analizar su contenido. Sería inútil tratar de poner en orden y explicar las sucesivas expresiones de lo que sería una especie de «intuición totalizante», que no implica un deduccionismo o demostrabilidad apodíctica, ni una sistematicidad; y cuya finalidad última sería preparar lo que podría denominarse como la «comunidad de los espíritus».

Todo el empeño de la filosofía de Gabriel Marcel consiste en tomar contacto con lo concreto, con ese mundo de realidades profundas, más allá de las representa-

---

<sup>62</sup> Marcel caracteriza el *tener* como lo que no es directamente el yo. Es una zona que se mueve en la tensión entre la exterioridad y la interioridad. De ahí su exponibilidad y la indisponibilidad que provoca en la persona que sólo busca poseer.

<sup>63</sup> F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía*, vol. IX, p. 322.

ciones conceptuales, en hacer más comprensiva la idea de razón. La metafísica de Marcel, que en alguna ocasión ha sido definida como «una filosofía de la participación» no puede tratar de resolver el misterio degradándolo en problema, sino reconociéndolo, reverenciándolo. Su intención primordial no era otra que la de elaborar una filosofía del misterio y de la trascendencia, sin caer en un romanticismo voluntarista, en un subjetivismo psicologista. A pesar de ello, han sido varios los autores que le han reprochado una actitud irracionalista, romántica o fideísta. Frente a ellos Marcel siempre ha afirmado preconizar una «filosofía de la reflexión». Pero esta reflexión no se debe entender como opuesta a la vida, sino que la reflexión se articula en algo vivido, en la experiencia tomada como una sólida presencia que debe sustentar todas nuestras afirmaciones.

La originalidad de Marcel estriba en preconizar otro género de saber: un saber no exacto en el que el sujeto, en vez de dominar el objeto, es sobrecogido por el misterio. Quiere destacar con fuerza la insuficiencia del pensamiento abstracto, teórico, general, unívoco, y afirma que la conciencia teórica no es más que una entre muchas funciones; es decir, que los conceptos no son el fin del conocimiento, sino un instrumento del mismo. Por consiguiente, la aproximación concreta al misterio ontológico no se realiza mediante ideas claras y distintas, impersonalmente comunicables, sino mediante actos personales; es decir, no se trata de especular en torno al ser, sino de sentirnos partícipes en él.

Su peculiar metafísica, que se sirve de categorías menos rígidas, ha hecho que muchos se sientan tentados a considerar la filosofía de Marcel como una especie de poesía, o como unas meditaciones personalísimas y no como lo que comúnmente se suele tener por *filosofía*. Frente a las acusaciones de irracionalismo, misticismo, fideísmo, subjetivismo, etc., cabe destacarse que Marcel no rechaza la razón o el concepto, sino el abuso de la razón y el conceptualismo. Su concepción de la experiencia es superadora de todo reduccionismo empirista-positivista, pues para Marcel la razón es experiencia comprometida y explicada, y la experiencia es razón implícita. Es decir, todo campo de experiencia implica una estructura racional que el pensamiento explicita o puede explicitar. De aquí el gran mérito de Marcel: poner de manifiesto el carácter originario de la subjetividad, sin confundir el orden de lo vivido, de la experiencia, con el de la reflexión sobre la experiencia; es decir, distinguir entre la experiencia y la elaboración conceptual de esa experiencia. En definitiva, Marcel elabora un concepto más amplio de experiencia por el cual descubre diferentes niveles de experiencia en el hombre, ninguno de los cuales debe convertirse en dictatorial con respecto a los demás.

Por otra parte, tampoco son acertadas las críticas que caracterizan el pensamiento de Marcel como individualista. Frente a ellas se debe afirmar que Marcel atiende, ante todo, a la dimensión básica que es la «interpersonal», pues considera que lo social está en función de lo personal.

Gabriel Marcel se opone al gran sueño del positivismo de eliminar la perspectiva metafísica, pues considera que el hombre siempre se ha planteado y se planteará las preguntas definitivas sobre su vida como totalidad y sobre el sentido de la totalidad. Pero en Marcel, el conocimiento metafísico se refiere a un ser que supera la dicotomía sujeto-objeto, pues para él el ser no es un objeto. Además, la metafí-

sica es una ciencia que no puede prescindir del universal concreto, que es el singular.

Por último se debe insistir en su planteamiento del tema de Dios como uno de los aspectos más originales de su pensamiento: Dios no cabe en la limitada parcela del concepto, ni es la verdad que la razón proyecta a fin de encontrar seguridad. Dios reside más allá de las fronteras del saber, pero su trascendencia se traduce en personalidad. Y precisamente por ello, porque es Persona, sólo puede encontrarse a través del diálogo. Un diálogo que sólo se puede llevar a cabo en el seno de la libertad, ya que es el hombre quien mediante un acto libre debe afirmar y adherirse a este Dios liberador, o bien negarlo.

El existencialismo de Marcel no es un existencialismo de la pura libertad, soledad o angustia radical (como sería el de Sartre), sino una filosofía que desemboca en la Verdad y Bien absolutos cuya participación hace reales a cada ser en particular y la comunión de todos entre sí. Se trata de un existencialismo de la intersubjetividad y de la Trascendencia, de una metafísica y de una ética, para que el filósofo pase del olvido a la memoria o evocación del ser. Para Marcel, nosotros, en realidad, no somos de nosotros mismos, sino que somos participación de un ser que nos trasciende: éste es el único camino de reconquista de la propia autenticidad.

En Marcel no hay una total gratuidad de la existencia, ni una total libertad, pues no niega la existencia de Dios. Marcel no agota la existencia en la pura actividad libre, autocreadora, sino que subraya la libertad y responsabilidad moral como notas constitutivas o modos de realizarse activamente la existencia. Según Marcel, la esencia del hombre también consiste en la libertad, pero ésta no parte de cero, sino que está orientada hacia el Ser (Dios), y sólo hace falta que el hombre lo reconozca. El hombre es un ser que tiene el poder singular de afirmarse o de negarse según se afirme el Ser en sí y se abra a él, o que le niegue y al mismo tiempo se cierre: porque es en este dilema donde reside la esencia misma de su libertad. El hombre es libre de afirmarse, o de negarse, de cerrarse o abrirse, de exteriorizarse o interiorizarse, de suicidarse o mantenerse en la existencia<sup>64</sup>.

En definitiva, podemos concluir que la metafísica de Marcel no pretende destruir el mundo racional, sino superarlo, abriendo un campo de realización más elevado: su metafísica es la del «somos» por oposición al «yo pienso».

FRANCISCA TOMAR ROMERO

Universidad de Barcelona.

---

<sup>64</sup> En Marcel se podría hablar de una trilogía formada por los términos: «ser», «muerte» y «libertad»: La base o fundamento de su filosofía se centraría en los términos antagónicos «muerte» y «ser», entre los cuales surge la libertad como facultad que permite al hombre escoger uno u otro de los caminos.